

LA HISTORIA DEL TIEMPO PRESENTE: ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL CASO ESPAÑOL

Javier Tusell
UNED

¿Tiene sentido y resulta posible hacer una Historia del tiempo presente, es decir aquel lo bastante cercano como para resultar coincidente con el que se ve transcurrir a lo largo de una vida humana normal?

La expresión parece contradictoria pero, en realidad, ni lo es en el momento actual ni nunca lo ha sido. Por parte de quienes tienen una visión superficial de las cosas la lejanía cronológica de lo tratado en Historia parece identificarse con la certidumbre de conocimiento seguro. Pero la ciencia tiene poco que ver con la distancia cronológica. La Historia, como escribió Bloch, no es la ciencia que estudia el pasado, ni siquiera los hombres del pasado sino a los hombres en él. Incluso, más estrictamente, se podría decir que no se refiere de ningún modo al pasado, más o menos remoto, sino al cambio de las cosas humanas con el transcurrir del tiempo. La historicidad, en suma, es una categoría de lo humano, sea cual sea su lejanía cronológica; lo es también en el presente como lo será en el futuro.

Los historiadores clásicos ya hicieron Historia del tiempo presente. Herodoto y Tucídides narraron acontecimientos en los que hablan tomado parte, aunque al mismo se documentaran sobre ellos y contaran con la colaboración de testigos testigos; Tito Livio o Julio César también lo hicieron. No puede extrañar que buena

parte de ellos eligieran las guerras, acontecimientos de ruptura, como objeto decisivo de su narración porque existía la urgencia de dar una explicación acerca del origen de tales conflictos y las causas de su desenlace. Como veremos en el momento actual, tanto en el resto del mundo como en la propia España, las guerras también constituyen un punto de partida cronológico de la suficiente envergadura como para definir una nueva época. De cualquier modo la idea de que no se puede enseñar ni comprender el pasado muy reciente en realidad es, en sí misma, una idea moderna. Sólo en la modernidad, es decir en el momento en que se pretendió que la Historia adquiriera un estatuto científico determinado y preciso, más allá de las leyendas medievales, se consideró que el transcurso de un determinado período de tiempo resultaba imprescindible para que el historiador pudiera cumplir su misión con el rigor adecuado. Pero en la propia Edad Contemporánea este criterio de la lejanía fue mucho menos patente excepto entre los historiadores de estricta observancia positivista. En muchos sentidos Alexis de Tocqueville, cuando escribió sobre el declinar del Antiguo Régimen francés o sobre el nacimiento de la democracia americana, estaba haciendo Historia del Tiempo Presente, incluso mucho mejor que la de algunos que luego consultaron amplísimas masas documentales, y, en este sentido, ha podido ser considerado como el primer historiador de esta disciplina. Algo parecido podría decirse de Marx, menos perceptivo pero que trató problemas españoles. En 1902 en los programas de enseñanza secundaria francesa la asignatura de Historia trataba del affaire Dreyfus, que habla acontecido apenas hacia cuatro años. Rafael Altamira en España también se acercaba, por las mismas fechas, a épocas muy cercanas, aquellas que se estaban viviendo.

Hoy nos parece por completo obvio que la Historia del pasado más remoto puede tener un componente más polémico que la misma Historia del Tiempo presente o la Historia inmediata. El debate que en España tiene lugar acerca de su pluralidad no se refiere al tiempo de la transición, por ejemplo, sino a épocas remotas sobre las que conocemos poco, tanto que se juega con transposiciones de conceptos que resultan por completo anacrónicas. Hoy, además, sabemos que lo más próximo puede permitir interpretar mejor un pasado más remoto. Este es el caso de, por ejemplo, el hundimiento del comunismo en 1989. Nadie puede escribir la Historia del siglo XX de modo parecido desde esa fecha. Y, además, siempre ha sido así: nadie escribiría de igual modo en 1939 que en 1945 acerca de Historia de Alemania.

En realidad lo que ha sucedido acerca de esta cuestión ha sido que no hemos atendido a lo que decían algunos de los grandes maestros de la Historia de generaciones nada lejanas. Lucien Febvre, un clásico, llegó a escribir que “la Historia no puede lógicamente separar el estudio del pasado del estudio del presente y del porvenir”. Para él, en realidad, el estudio y el conocimiento del presente proporcionaban nada menos que “el mapa y el compás” para comprender el pasado en su conjunto. De hecho muchos de sus artículos y de sus intervenciones profesoras versaron sobre acontecimientos del pasado inmediato y aun de actualidad, a pesar de tratarse de un modernista que tan sólo a esta Edad dedicó sus libros de investigación. Por su parte Marc Bloch acuñó una frase sencillamente definitiva para comprender la dialéctica entre el conocimiento de lo remoto y lo cercano: “La incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero quizá no es menos vano agotarse en la comprensión del pasado si no se sabe nada del presente”. Como veremos, Marc Bloch hizo también un cierto género de Historia inmediata.

En este punto cabe citar también a otro clásico de la historiografía como fue Benedetto Croce quien, como se sabe, aseguró en un determinado momento que “toda historia es historia contemporánea”. Lo decía en el sentido de que se parte siempre de las necesidades del presente a la hora de preguntar acerca de los acontecimientos del pasado. Esta afirmación resulta obvia y vale incluso para los propios juicios que en su momento hicieron imposible la Historia del Tiempo presente, por principio o por práctica habitual. Eso que podríamos denominar como los “climas ambientales” juegan un papel decisivo en la elección de temas de investigación por parte de los historiadores. No es extraño, por ejemplo, que en el momento actual se haga Historia de la empresa y que ésta hubiera sido inconcebible en otro tiempo.

En la práctica hasta los años setenta, en la Francia que luego la ha visto protagonizar la vanguardia de las innovaciones metodológicas, la Historia muy contemporánea ha aparecido como algo proscrito. En esta época reinaban los modernistas y los medievalistas; las estructuras y las largas duraciones eran puntos de referencia obligados, casi exclusivos. El clima ambiental, en definitiva, era el de “Anuales” y no favorecía esos planteamientos. La Historia del Tiempo Presente era muy difícil cuando, por ejemplo, Labrousse decía que “todo lo importante se repite”, cuando Braudel comparaba el acontecimiento al polvo o, como escribía el sociólogo

go Edgar Morin, se consideraba que “el acontecimiento es una esfinge”. Menos de un 5% de la investigación y de las publicaciones especializadas le correspondía a lo contemporáneo muy próximo.

Pero en el momento actual la batalla de si la Historia del tiempo presente es posible está ya ganada desde hace bastante tiempo. No sin resistencias, no obstante. Todavía en 1986 un diccionario muy prestigioso de ciencias históricas decía que la Historia inmediata o la del presente tenía tres filiaciones genéticas: el periodismo, la sociología y la Historia y parecía considerar que sólo la segunda tenía un verdadero carácter científico. Hasta los años ochenta no han existido, en Francia, estructuras de investigación destinadas a fomentarla. La primera teorización, acerca de ella procede de un libro general de Le Goff en 1978, que fue también la fecha en que se decidió la creación del Instituto de Historia del Tiempo Presente, como prolongación, dedicada a estas materias, de los estudios en torno a la segunda guerra mundial. Esta última todavía se sigue considerando como “matriz del tiempo presente”, en expresión de uno de los especialistas franceses. Hasta no hace tanto tiempo esta Historia daba la sensación de caminar en la indigencia teórica y así parecían constatarlo a la menor oportunidad quienes no la practicaban. El medievalista Le Goff, al mismo tiempo que se mostró capaz de acoger en un libro de su dirección a esta nueva especialidad, aseguró que la Historia del Tiempo Presente solían hacerla mejor los sociólogos, politólogos o algunos grandes periodistas. Pierre Goubert, un conocido modernista, expresó el pudor que parecía atenazar a buena parte de los profesionales cuando aseguró que la historia más reciente sólo se escribía “por vanidad, por interés o por un regusto de la facilidad”.

Con el paso del tiempo, sin embargo, este tipo de estudios históricos han dejado de ser, para la mayoría de los profesionales, un objeto de imposible tratamiento científico, impregnado de subjetividad, controvertido por cercano e incapaz de someterse a unas reglas mínimas que garanticen la imparcialidad. Lo que se piensa, por el contrario, es que se trata de “un campo científico peculiar”, no una forma de periodismo promovida por un público ansioso de novedades. En el momento actual existe coincidencia en aceptar un exigente status de ciencia histórica para este tipo de conocimientos. A esta situación se ha llegado por dos caminos confluyentes, el de una cierta evolución de la historiografía y la peculiaridad de un determinado momento histórico. En primer lugar en la ciencia histórica se ha producido una vuelta a lo político, al acontecimiento, a la narración y al persona-

je. Hoy contemplamos la incapacidad de los historiadores para percibir la importancia de estas realidades como una limitación nacida, entre otros motivos, de la carencia de fuentes y de la propia incapacidad del ser humano de otros tiempos para imponerse a los ritmos lentos de lo material o lo natural. En la época medieval es, a menudo, imposible percibir el papel de la individualidad en la Historia de la misma manera que en la moderna la capacidad de la política o del Estado, dominado por una minoría muy reducida, resultaba muy limitada para cambiar la vida de los seres humanos mientras ésta es una realidad bien patente en el mundo contemporáneo.

En el más actual se han dado una serie de realidades que han impulsado la necesidad de un conocimiento histórico del pasado cercano. En ese sentido puede decirse que en la construcción de la Historia del Tiempo Presente como ciencia ha existido, además, un importante factor generacional. No es una casualidad que este hecho haya coincidido con el incremento exponencial de la comunicación, la renovación de la prensa y del resto de los medios de comunicación, la elevación general del nivel de los estudios y la difusión de las grandes colecciones de bolsillo o de los programas culturales en el audiovisual.

Hoy la pregunta no debe hacerse ya en relación con la posibilidad de una Historia del Tiempo presente sino respecto a las fronteras del mismo. Al abordar éstas quizá podemos crear una categoría más general, las “Historias de los tiempos presentes” que englobaría, a la vez, la Historia del tiempo presente y la Historia inmediata. Esta segunda sería la característica del periodismo, aquella que narra los acontecimientos al mismo tiempo que tienen lugar. La primera, en cambio, toma para sí el espacio de una vida humana entera y permite, por lo tanto, la consulta del material documental depositado en los archivos y tiene de común con la precedente ser el tiempo del acontecimiento, de la contingencia y de la última aceleración de la historia. Como es lógico las fronteras entre ambas están en perpetuo proceso de cambio. Durante mucho tiempo la segunda guerra mundial fue el gran acontecimiento germinal de un nuevo mundo pero luego se ha alejado. Ahora –pero tan sólo desde 1989– se puede hacer, por vez primera, la Historia del comunismo, sujeta antes tan sólo al trabajo periodístico con la sólo excepción de los precedentes de la revolución de 1917 y su primera etapa, aunque en esos momentos sin el auxilio de los archivos soviéticos.

Esta frontera nos revela el campo de coincidencia existente entre la Historia y el periodismo; se supone, no obstante, que el profesional de la Historia y este segundo tienen requerimientos distintos y ello a pesar de que existen periodistas-historiadores y también historiadores-periodistas. Los primeros serían aquellos que, aunque trabajan en los medios de comunicación, alcanzan la pretensión de tratar del pasado con un grado de rigor excepcional que incluye, por ejemplo, el recurso a fuentes de archivo. Los segundos son aquellos historiadores que, aparte de elaborar una obra científica perdurable, tienen el hábito de la divulgación y el placer por el análisis del presente.

Jean Lacouture, un excelente periodista, que en un determinado momento, a comienzos de los años sesenta, dirigió una colección de libros titulada “La Historia inmediata” asegura que en el momento en que la Historia se acerca al acontecimiento se aproxima también al periodismo de investigación. Sin duda es así, pero los géneros son distintos aunque puedan ser practicados por las mismas personas y exista esa fronteriza coincidencia cronológica. Según el historiador Robert Frank la Historia inmediata sería la espuma de la actualidad pero quien la hace al menos no es capaz de percibir los resultados a largo plazo de los fenómenos que estudia por la sencilla razón de que los tiene demasiado cercanos. Los periodistas de investigación pueden escribir obras muy informadas e incluso dotadas de mayor inteligencia analítica que algún historiador pedestre. Pero, a título de ejemplo, no revelan las fuentes, aunque las usen, sean orales o escritas; tampoco acostumbran a cruzarlas de forma sistemática o a someterlas a una estricta labor de depuración y análisis porque lo que prima es el deseo de ofrecer una versión distinta de la corrientemente aceptada, no la estrictamente veraz. El periodista no necesariamente “escribe para el olvido”, como se decía no hace tantos años, pero es también dudoso que llegue a ser en todas las ocasiones –como de él decía Camus– “el historiador del instante”. Escrita su obra en torbellino inmediato de los acontecimientos, necesita casi siempre una relectura para ser utilizada por el historiador.

Pero, a pesar de su inexactitud y de su imperfección, la Historia inmediata tiene una función social y forma un todo con la Historia del Tiempo Presente. Si sus inconvenientes radican en el momento en que es abordada, en la formación de quien la practica y en las deficiencias metodológicas ya indicadas al mismo tiempo puede proporcionar algo que para el historiador es una exigencia pero no siempre lograda. Se trata de la captación de un determinado ambiente, del aire de un tiem-

po que se esfuma muy pronto y que resulta difícil reconstruir para quien no lo ha vivido. En esto reside la gran virtud del periodismo de investigación y no tanto en la información concreta que en los buenos libros de éste género se encuentra. Es lo que hace irrepetible y fuente imprescindible para el historiador la obra de Paolo Monelli acerca del final del fascismo o de Theodore White acerca de las elecciones norteamericanas de los años sesenta y setenta. La experiencia de haber vivido la transición española a la democracia nunca podrá ser sustituida por el hecho de que historiadores del futuro utilicen más fuentes que las hoy accesibles.

El gran historiador medieval Marc Bloch hizo *Historia inmediata* en su libro “*L'étrange défalte*” en que trata de la victoria de los alemanes sobre los franceses en el verano de 1940 y la atribuye a los males políticos de la III República. En ella aparece como testigo y observador al mismo tiempo, con todo el bagaje de su formación y de su experiencia de la vida ajena en un tiempo muy lejano. Sin duda se trata de un caso excepcional porque la *Historia inmediata* para el profesional de esta ciencia es, sobre todo, un complemento a veces de gran calidad y casi siempre imprescindible. Pero la labor del historiador siempre es otra; a diferencia del periodista trabaja a partir de una mediación entre sí mismo y el testigo, entre su puesto de observador y lo narrado. En definitiva el historiador del *Tiempo Presente* es, ante todo, un historiador y, por lo tanto, sus preocupaciones son las mismas que las de un estudioso del siglo XIX o de los tiempos medievales. Sus interrogantes esenciales residen en el peso del pasado, en la multiplicidad de las fuentes y el cruce entre las mismas para comprobar su autenticidad y su fiabilidad, en el conocimiento del contexto en que se producen los acontecimientos o en el rigor y en la finura del análisis para explicar su evolución.

La *Historia del Tiempo Presente* no sólo es considerada legítima hoy en día sino que se puede decir que hasta cierto punto ha tomado el mando de la innovación historiográfica o, por lo menos, parece estar en especial boga ante el público y de moda —en el menos superficial sentido del término— entre los profesionales. Producto del último cuarto de siglo, que no en vano es la época más revolucionaria de la Historia humana, casi no hace falta enumerar las causas por las que llama la atención y resulta atractiva. Vivimos en un tiempo que se caracteriza por la globalización y éste es un rasgo muy característico de esta parcela cronológica de la Historia. La propia aceleración del tiempo histórico, con la multiplicación de los cambios en todos los terrenos, induce a sentir la necesidad de preguntarse por la causa

de estas mutaciones. La aparente imprevisibilidad del cambio multiplica la urgencia de saber acerca de él en mayor grado que en otras épocas. El pasado, durante buena parte del siglo XX, se ha visto a menudo, desde ópticas ideológicas reaccionarias, como un modelo para construir el futuro pero también la contemporaneidad parece empujar hacia las raíces para encontrar en ellas las causas. El propio volumen de la información, en una civilización en que el desarrollo de la comunicación ha sido enorme, al mismo tiempo que ha multiplicado hasta el extremo su velocidad de transmisión, parece exigir una búsqueda de respuestas que sólo puede dar el conocimiento del pasado como factor esencial para cualquier análisis explicativo. En un mundo caracterizado por la democratización en que la relevancia del Estado y de la política resulta esencial para la vida cotidiana de los ciudadanos la explicación histórica de lo público resulta un componente esencial para la comprensión de la realidad. Una parte de ella ha tenido como consecuencia la elevación del nivel de la conciencia histórica, mucho mayor en tiempos recientes que en un pasado remoto. Hay un hecho que resulta simbólico y que nos remite a la fecha que suele considerarse como punto inicial del Tiempo Presente. Desde la muerte del Presidente norteamericano Roosevelt todos los fondos de archivo de quienes han pasado por la magistratura política del mundo, la presidencia norteamericana, han sido conservados en bibliotecas dedicadas de forma específica a preservar esa documentación y destinados a ser consultados en un breve plazo de tiempo de forma completa y total. Desde ese mismo punto de vista de la conciencia histórica no cabe la menor duda que un factor importante en el cultivo de la Historia del Tiempo Presente consiste en el derecho de cada generación a construir o por lo menos a revisar el propio pasado. La época contemporánea ve las cosas en dimensión histórica y no se fija tan sólo en el pasado sino que lo reconstruye con el transcurso del tiempo de manera diferente de forma que, con el paso del tiempo, puede adquirir significaciones distintas. El pasado, por tanto, no fija ya ni tampoco ata sino que hasta cierto punto se convierte en maleable a través de la conmemoración que revive lo acontecido en otro tiempo dándole una dimensión parcialmente nueva. Marx señaló “el drama de los franceses como el de los obreros son los grandes recuerdos” pero ahora estos son susceptibles también de construir el futuro.

Claro está que este tipo de Historia ha sido sometida a crítica pero eso no quiere decir no sea susceptible a ser superada. La más elemental y más obvia se refiere a que este nuevo enfoque histórico es subjetivo, sin reglas e incluso variable de

acuerdo con las circunstancias. Pero el peligro de la subjetividad es algo generalizado en la ciencia histórica y quienes consideran que no existen las reglas sencillamente olvidan que cualquiera que sea la época acerca de la que trate todo historiador debe aplicarse idénticas normas y esto vale también para aquel que intente hacer Historia del Tiempo presente.

Más fundamentada que la acusación de subjetividad a secas parece la aporía respecto del origen mismo de esta Historia. Se ha señalado con razón que la posibilidad de abordar el tiempo presente nació en medios católicos –a los que pertenecían, por ejemplo, Bédarida y Rémond– y que en ellos existía una idea de responsabilidad y de compromiso que parece implicar una respuesta ante la realidad circundante para modificarla. La propia denominación “Tiempo presente” fue tomada de una revista católica de los años treinta y ese paso de la observación de una realidad a cambiarla parece introducir un componente poco propicio para la Historia. Y todavía se presentan interrogantes más graves. La propia noción de la contemporaneidad muy cercana está en cuestión pues el presente en cierto sentido ni siquiera existe, es una especie de laguna de vacío entre el pasado y el futuro. En el caso de que se le concediera virtualidad ésta sería necesariamente plural. Hobsbawm ha señalado, con acierto, que la paradoja de la Historia muy cercana es la radical ausencia de coetaneidad válida para todos porque, si es el tiempo del recuerdo propio, sucede que cada uno tiene el suyo y, por lo tanto, no es único. En fin, la Historia del Tiempo Presente, caso de existir, parece una ciencia abrumada por el exceso de fuentes. Como en el cuento de Borges sobre Ireneo el Memorioso da la sensación de que el exceso de recuerdo, es decir de fuentes de memoria, puede llegar a aplastar cualquier posibilidad de efectiva y racional reconstrucción del pasado. Pero todavía hay algo más. A diferencia del historiador que trabaja sobre otros períodos cronológicos más remotos, el que lo hace acerca del Tiempo Presente parte de la real incapacidad de llegar a descubrir el final de los acontecimientos que narra. Un ejemplo, ya citado, lo muestra de forma clarísima. Nadie, sin duda, escribiría lo mismo después de 1989. Como revela este hecho sin duda alguna el valor del porvenir es que nos da una luz sobre el presente. Pero aquel se ignora en el caso de la Historia del Tiempo presente. Lo que sucede, sin embargo, es que la explicación histórica debe intentar matizar de forma suficiente la descripción de lo que narra de manera que dé la sensación de que cualquier momento está abierto a una pluralidad de posibles caminos. Esta afirmación vale para cualquier época, in-

cluso la más remota, porque la Historia nunca está predeterminada y resulta un requisito imprescindible también en los momentos más recientes. De cualquier modo, como también ha indicado Hobsbawm, el historiador del Tiempo Presente debe elegir bien el momento de sentarse a escribir. Hay ocasiones especialmente propicias (una de ellas, por ejemplo, es el tiempo posterior a 1989).

Mas que con motivos insuperables de crítica con lo que se enfrenta, en realidad, la Historia del Tiempo Presente es, por tanto, con problemas que solucionar y con peligros que superar. El primero de ellos se refiere a que está amenazada siempre por la revelación de nuevas fuentes, dado que ha transcurrido un plazo cronológico relativamente reducido desde que se produjeron los acontecimientos; es, pues, una Historia provisional. Se puede mencionar, a este respecto, un caso bien patente. Hasta que los archivos de los servicios secretos británicos no fueron accesibles para los historiadores se desconocía que su acceso a las claves alemanas fue un factor decisivo para explicar la victoria aliada en la segunda guerra mundial. Pero este tipo de revelaciones no es exclusivo de la Historia del Tiempo Presente e incluso se da de forma más acentuada en otras etapas cronológicas, como, por ejemplo, la Prehistoria. A veces los historiadores de un pasado cercano tienen un cierto "síndrome de lo inédito" que no tiene nada de positivo sino que más bien puede revelar un exceso de identidad con cierto género de mal periodismo que reivindica no la noticia más exacta sino la que tiene un componente más extraordinario. El historiador siempre debe actuar con los pies de plomo de la provisionalidad pero esta exigencia parece especialmente cierta en materia de Historia del Tiempo Presente, sin que por ello ésta quede invalidada. El tiempo del pasado más reciente es aquel en que el historiador ha de jugar con mayor frecuencia con la imaginación, como ejercicio obligado presentando no sólo las cosas como efectivamente fueron sino también como podían haber sido de cambiar alguna de las circunstancias. Es, por tanto, de manera muy señalada, el tiempo de la Historia virtual.

En cuanto a la crítica de la subjetividad la receta que han practicado los historiadores ha sido declarar la propia posición de entrada e incluso narrar la evolución de la misma a medida que avanzaban los acontecimientos. Así se ha hecho muy frecuentemente hasta el extremo de que esta revelación del punto de partida del historiador ha pasado de ser, desde unos cuantos párrafos en un prólogo, a toda una disciplina, la llamada ego-historia. Revelar la procedencia de las preocupaciones intelectuales propias, de los motivos para interrogarse sobre el pasado con la

técnica de historiador, es la mejor prueba de estar en condiciones de superar la subjetividad. Pero también en este punto el historiador debe ser humilde: a fin de cuentas, como decía Eugen Weber, “no hay objetividad solo hay profesionalidad”. La pretensión de escribir de un modo que presente versiones definitivas de acontecimientos no demuestra más que megalomanía por parte de quien lo afirma.

Un argumento que suele utilizarse para restar estatuto científico a la Historia del Tiempo Presente es que produce efectos inmediatos porque se convierte en objeto de consumo ansiado por parte de lector. Pero esto no es otra cosa que un testimonio más de la necesidad sentida por parte del hombre contemporáneo de conocer el pasado cercano. Además nos revela que la Historia del Tiempo Presente tiene un importante componente utilitario, más allá del factor formativo general que le corresponde a cualquier enseñanza histórica. Como más adelante veremos, se convierte de esta manera en un instrumento para la construcción del porvenir. Resulta obvio, sin embargo, que también la Historia del Tiempo Presente se puede convertir en una especie de “refugio”, pretexto para la huida hacia las seudojustificaciones o gusto por la anécdota en el fondo intrascendente acerca de acontecimientos que afectaron a una buena cantidad de personas.

En fin, otros dos problemas graves de la Historia del Tiempo presente no son tampoco insolubles. Es cierto que el historiador de lo cercano tiene graves problemas con las fuentes porque no las conoce todas. Más aun que eso, merece la pena llamar la atención acerca del hecho de que, al mismo tiempo, se está produciendo un empobrecimiento de las mismas: la gigantesca burocracia del Estado contemporáneo tiene como consecuencia que cada vez haya más papeles de contenido menos interesante. De ahí los problemas de clasificación y selección de las fuentes. Pero hay cuestiones de conservación de la información radicalmente nuevas y sólo surgidas en los últimos tiempos. Los papeles y las tintas de los años treinta y cuarenta se borran con mayor facilidad que los pergaminos medievales mientras que la rapidez en los cambios de los ordenadores convierte los textos que conservan en ininteligibles en un plazo corto de tiempo. Existe también una obvia dificultad para percibir los cambios en quienes viven próximos a ellos. La descolonización, por ejemplo no fue percibida como un proceso irreversible, no ya por parte de personas de ideas reaccionarias sino tampoco por parte de muchos de los progresistas que pasaron por esa experiencia.

Si hemos descartado las aporías de la Historia del Tiempo Presente y también descubierto que simplemente existen problemas a los que es posible dar una solución, ahora, en un tercer momento, tratemos de descubrir el conjunto de ventajas que puede proporcionar el conocimiento de ese pasado reciente. Lo que identifica a la Historia del Tiempo Presente no es tanto una cronología ni tampoco, en estrictos términos, un método, sino un punto de vista, una percepción nueva, si se quiere. Claro está que se refiere a un período preciso del pasado y que, además, ha tenido como consecuencia innovaciones en el modo de abordarlo pero lo esencial no es eso. La ventaja de la Historia del Tiempo Presente se desglosa en un elenco de aportaciones para El ser humano que vamos a enumerar de forma somera.

Es la propia sociedad quien parece exigir un conocimiento científico del pasado reciente porque ansía una cierta jerarquía entre la catarata de datos que diariamente le llegan. El problema no consiste ya en la falta de información, como puede ser el caso de un medievalista, sino, como ya se ha indicado, la superabundancia de la misma. De ese modo esta parcela de la Historia debiera servir para señalar, en el pasado, los ejes fundamentales que lo vertebran, en definitiva para distinguir lo esencial y lo anecdótico, lo insignificante y lo primordial.

La Historia del Tiempo Presente recurre a los testigos que vivieron la experiencia que narra y esto le puede llevar a considerar no sólo que vive en la provisionalidad sino incluso en libertad vigilada. Algunos han dicho que es la “Historia con testigos” y esa no es una mala definición, por más que resulte muy insuficiente y reductiva. Sin duda historiadores que vivan dentro de cincuenta años podrán reconstruir el pasado e incluso puede que lo hagan con información que en el momento actual no existe pero en cada suceso histórico existe también un ambiente irrepetible que sólo el excelente profesional es capaz de transmitir a sus lectores. Un recurso habitual en Historia del Tiempo Presente consiste en mezclar, en sesiones de trabajo, a los participantes en los hechos históricos con los especialistas: en Francia lo hizo por vez primera Rémond y el procedimiento se ha convertido en habitual. Resulta obvio que es preciso distinguir entre las aportaciones de unos y otros; sólo de esta manera se obtendrá partido de ambas aportaciones. A menudo los testigos no proporcionan grandes revelaciones pero sí “el ambiente de un tiempo”, aunque su testimonio deba ser necesariamente filtrado por el historiador. Este, en cualquier caso siempre agradecerá en el testigo su contribución porque, para su interpretación, le sirve evitar el ideologismo exagerado o el simple anacronismo.

Relacionada con el papel que pueden desempeñar los testigos en la reconstrucción del pasado está el papel de la participación del historiador en los acontecimientos. En otro tiempo ésta podría ser considerada como una evidencia de subjetivismo pero cualquier historiador de los sesenta sabe que uno de los mejores libros acerca del presidente norteamericano Kennedy sigue siendo el que en su momento escribió el historiador —y asesor suyo en aquel período crucial de la Historia de Estados Unidos— Arthur Schlesinger, a caballo entre las memorias y el libro de Historia. No es, sin embargo, el primer caso. Tocqueville, de quien ya hemos indicado que puede ser considerado como un historiador del Tiempo Presente, fue un buen analista no sólo porque fuera un estudioso sino también porque participó en los acontecimientos y, además, era “un hombre de mundo”, es decir una persona de formación muy amplia y una altura intelectual difícil de superar. En muchos aspectos, aseguraba el escritor francés, quienes como él participaron en los acontecimientos resultaban capaces de percibir mejor los principales rasgos de los protagonistas de los acontecimientos que los que los estudiaban luego. La condición de participante del historiador facilita la tarea de reconstrucción imaginativa que caracteriza a esta profesión. Tocqueville mismo aseguraba que los políticos tienden a ver, en el pasado, las anécdotas y los estudiosos suelen quedarse en los “caracteres generales”. La combinación de los rasgos de ambos tipos humanos en una misma persona puede, por tanto, tener los mejores resultados. A veces, por ejemplo, pueden revelar una aparente obviedad que resulta crucial pero que no ha sido captada por un historiador lejano a los acontecimientos. Emerson recomendaba que “al analizar la historia no seas demasiado profundo porque las causas a menudo con bastante superficiales” y un político británico reciente ha llamado la atención acerca del papel del cansancio en las decisiones de los políticos (Healey).

Al margen de los testigos y la participación la Historia del Tiempo Presente proporciona un conocimiento científico, como esta ciencia siempre hace, cualquiera que sea la época histórica a la que se refiera. Un historiador, por ejemplo, aunque consciente en este caso de lo complicado (e incluso imposible de su tarea) tratará en cualquier caso de agotar las fuentes. Empleará, como instrumento de análisis, además, la duda metódica porque lo propio de su tarea es siempre presentar problemáticamente el pasado. Por eso Rémond ha llegado a escribir que el símbolo por excelencia de la Historia es la interrogación. La verdadera Historia, aseguraba Lucien Febvre, es la “historia-problema”.

Partiendo de ello la tarea del historiador consiste en testimoniar su capacidad para reconstruir el pasado. Ahora bien ver con ojos del historiador el pasado inmediato supone, en primer lugar, testimoniar y transmitir un cierto sentido del tiempo. Decía Gide que el presente estaría grávido de todos los porvenires si el pasado no proyectara una sombra sobre él. Ese sentido del tiempo –la impresión de que lo ya sucedido gravita sobre el presente– es imprescindible en un historiador del Tiempo Presente porque suele disponer de la suficiente información para llegar a comprender su verdadera trascendencia, cosa que no le suele suceder al historiador de otras épocas. Pero la labor de un buen profesional no se detiene ahí. Es obligado que recurra, además, a la imaginación; la verdadera talla del historiador reside en ella y no en la memoria, como se decía en la preceptiva clásica. Imaginación quiere decir capacidad de reconstrucción, con el fundamento de los datos seguros conseguidos, de un pasado irrepetible, teniendo muy en cuenta los futuribles que, con el paso del tiempo, el propio desarrollo del fluir histórico descartó. Resulta esencial que el historiador, en especial el del Tiempo Presente, haga desaparecer la “ilusión retrospectiva de la fatalidad”. En ese “desfatalizar” los acontecimientos, es decir librarlos de la condición de inevitables, reside una de las diferencias entre el buen historiador y el excepcional.

De este modo la Historia restituye esas raíces que son las causas de los acontecimientos. El hoy aparece como punto de llegada pero también de partida hacia el futuro. En la narración histórica los acontecimientos se vinculan al pasado restituyendo la complejidad de su relaciones y de esta manera se logra aquello que, en términos cinematográficos, se podría denominar la “profundidad de campo”. Esa es la gran diferencia que separa el conocimiento científico del que proporciona el buen periodismo. Se trata, en definitiva, de conseguir mayor densidad en el saber acerca del pasado.

Todavía deben ser mencionados dos aspectos de la Historia del Tiempo Presente que se constituyen en otras tantas razones que inducen a cultivarla. Se trata de un campo científico, en primer lugar, para el que resulta imprescindible la síntesis. En todas las ciencias humanas o sociales se ha producido siempre una relación de “préstamos recíprocos” de la que se ha beneficiado, por ejemplo la Historia. Pero, si este principio universal vale para todos los momentos y todas estas ciencias, esto tiene especial sentido en lo que respecta al Tiempo Presente. La explicación monocausal nunca resulta válida para el ser humano pero en el pasado más recién-

te es donde aparece de forma más meridianamente clara la necesidad de recurrir a la conjunción sintética de los aportes del conjunto de las ciencias humanas. Si todo estudio histórico debe procurar ser interdisciplinar en el caso de la Historia del Tiempo Presente es exigible un talante transdisciplinar en la explicación causal. Todavía más: de cara a la pedagogía sólo la Historia –y no, por ejemplo, la Economía o la Sociología– pueden ofrecer soluciones sintéticas lo bastante trabadas y comprensivas.

Finalmente resulta también evidente la dimensión moral, no meramente formativa, de la Historia del Tiempo Presente. Si hay algo evidente en ella es que se trata de Historia aplicada por excelencia. Saint Simon aseguró que la Historia era el “breviario de los príncipes” pero hoy se ha convertido en breviario de los pueblos. Sirve para definir su momento histórico, las causas por las que ha llegado a un determinado estadio en su evolución e incluso las tareas que le corresponden de una manera más inmediata y exigible. Salvemini, el historiador antifascista, dejó escritas en 1918 unas frases que resumen de una forma muy correcta la doble condición formativa y moral del conocimiento del pasado inmediato: “Quien en el estudio de la Historia ha preparado su propia descendencia moral e intelectual y confrontando el pasado con el presente ha optado por la costumbre intelectual de rebuscar en el pasado los embriones del presente y en éste el desarrollo perenne del pasado... no será un simplificador, ni un intolerante, ni un ciego; no creerá que el mundo no puede cambiar ni que puede cambiar de un golpe... Sabrá observar, criticar, valorar... con un pensamiento, si no absolutamente sereno, si por lo menos con un pensamiento menos exclusivo y nebuloso que quien carezca de conocimientos históricos”. Por vez primera al hacer Historia del Tiempo Presente los profesionales de esta disciplina tienen la sensación de que pueden afirmar la directa e inmediata utilidad de aquello que hacen.

En general de la Historia del Tiempo Presente se puede decir que resulta tanto una ampliación del ámbito cronológico como una aproximación nueva a cuestiones viejas pero también incluso la aparición de enfoques nuevos. No tiene, en cambio, un método propio y original pero al mismo tiempo puede decirse de ella que goza, por el momento, de ámbitos privilegiados de cultivo. Uno de ellos es la biografía por razones muy patentes: el gusto del público y la relativa facilidad para interpretar un personaje singular de aquellos que en el mundo actual dan la sensación de haber resultado particularmente decisivos para una colectividad. Como

siempre este género de Historia tendrá el peligro de privilegiar en exceso lo individual (sería el resultado de esa proclividad por centrar las explicaciones en la “nariz de Cleopatra” de la que hablaba E.H. Carr). Pero nunca se debe olvidar que ese es también un aspecto importante de la Historia. Un segundo territorio privilegiado es el de la política. René Remond, reivindicador de ella, ha sido también uno de los principales propulsores de la Historia del Tiempo Presente. Pero, como el mismo ha señalado, ésta no puede limitarse a una Historia renovada de lo político. Además, el mismo contenido de lo político mismo cambia con el transcurso del tiempo (“La política ya no es lo que era”, se titula uno de los libros de Rémond). En los tiempos últimos tiende más bien a una visión cultural de la política, entendiendo por cultura pautas de comportamiento colectivo más que ideologías o actitudes de intelectuales singulares. Por ejemplo, ahora se aborda el estudio del partido político a través de la generación y del ambiente político colectivo y no sólo a través de, por ejemplo, la composición social de su dirección o la ideología de sus programas. Todo esto vale para la Historia en general y, por tanto, también para la del Tiempo Presente.

Otro campo predilecto de este nuevo género de Historia se refiere a lo internacional y lo comparativo. No tiene nada de particular que así haya sido dada la globalización que se ha producido en todos los aspectos de la vida humana a partir de 1945 y todavía más a partir de la segunda mitad de la década de los sesenta. En cierto sentido se podría decir que la Historia no se ha convertido en universal sino después de esta fecha: antes podía tener sentido hacer Historia de las civilizaciones o Historia de los países pero ahora no parece posible. Y ello obliga, además, a recurrir al método comparativo. Éste en cierta manera siempre se ha empleado: Marc Bloch aseguraba que hasta cierto punto comprender es comparar pero en un momento en que la Historia se ha convertido en global la comparación no es una posibilidad sino una exigencia. No pueden entenderse ni las descolonizaciones ni las oleadas democratizadoras, por ejemplo, sin tener en cuenta que son un fenómeno universal, aunque las concreciones de ambos fenómenos sean distintas en cada parte del mundo.

Finalmente para la Historia del Tiempo Presente también constituye una dedicación privilegiada el acontecimiento, especialmente aquel que tiene la suficiente envergadura como para provocar una ruptura: las guerras, especialmente, han solido ser punto de partida de la explicación de ese pasado más cercano (la segunda mun-

dial o la civil española, por ejemplo). El acontecimiento es el lugar de encuentro entre la larga duración y la duración corta. En el pasado más reciente, abrumadoramente conocido a través de las fuentes, como en nuestra propia vida, se ha convertido en muy palpable la existencia de lo que Pierre Nora ha denominado “el acontecimiento monstruo”, aquel que influye de forma decisiva en la vida de millones de seres humanos. Convertida la política en administración burocrática parece a veces desvanecerse lo relevante. Pero el historiador sabe también que se puede elegir un buen montículo donde sentarse para observar el pasado y que eso sucede después de un acontecimiento crucial. Después de Auschwitz nadie dirá que un acontecimiento no puede moldear la evolución de la Humanidad.

Pero, claro está, también la Historia del Tiempo Presente ha contribuido a innovaciones metodológicas importantes. Quizá la que lo sea en mayor grado es la que ha llamado la atención, de los historiadores acerca de cuestiones como la memoria colectiva. Ya Dupront decía en 1961 que la memoria colectiva “es la materia misma de la Historia” pero, en la práctica, los historiadores dedicados a otras épocas apenas se han interesado verdaderamente por estas cuestiones porque ni siquiera tenían fuentes para abordar abordarlas. Como casi siempre otros estudiosos sociales, como los sociólogos y los etnólogos, se habían interesado en estas materias antes. Sólo en 1978 –es decir al mismo tiempo que aparecía la Historia del Tiempo Presente como novedad y campo inédito– se dio un status científico al estudio de la memoria colectiva a través de la interesante obra de Pierre Nora. La memoria colectiva es, en definitiva, lo que una generación hace con el pasado, incluso transformándolo y olvidándolo de forma parcial así como el papel que en ello juega el inconsciente o la voluntad colectiva. En definitiva “la memoria ya no es lo que era” (Rousso), es decir puro recuerdo, sino que viene a ser un medio excelente para descubrir los entresijos de cómo el pasado configura el presente. El interrogante a la memoria colectiva constituye un excelente ejercicio de Historia que permite al historiador darse cuenta de que no tiene en sus manos la completa verdad y reafirma que el pasado pertenece sobre todo a quienes lo vivieron. La Historia del Tiempo presente ha revelado, además, hasta qué punto los medios de comunicación podían jugar un papel decisivo en la construcción de esa memoria colectiva. Al margen de la memoria colectiva puede decirse que la Historia oral como procedimiento de acceso al pasado fue utilizada por vez primera por los historiadores de la segunda guerra mundial, directos precursores de los estudiosos del pasado más reciente.

Pero la Historia del Tiempo Presente no sólo ha hecho aparecer nuevas preocupaciones intelectuales o instrumentos de conocer el pasado entre los historiadores sino que, además, ha modificado metodologías que tenían una larga tradición, al mismo tiempo que ella misma cambiaba de acuerdo con la evolución del pensamiento historiográfico. Este último es el caso, por ejemplo, creciente papel de la cultura como también de la empresa o de las elites. En cuanto al primer aspecto basta con recordar que este nuevo campo de la Historia ha sido capaz de percibir la realidad histórica global sin caer en presunciones que luego se demuestran incorrectas. Pérez Ledesma, por ejemplo, ha llamado la atención acerca del cambio que se ha producido en Historia social desde la Historia del movimiento obrero a la Historia de los movimientos sociales. La primera partía de que lo esencial era siempre la clase social y, en consecuencia, lo que movía a las masas era el objetivo de clase. Pero, como se demuestra con la simple observación a la realidad más cercana e inmediata, la identidad de clase no es más que una más de las identidades posibles que, por lo tanto, no permite captar toda la realidad y, además, la falsea si se pretende embutirla en ella. Los movimientos sociales nuevos testimonian curiosamente que no son tan nuevos y facilitan una mejor comprensión de la Historia pasada.

Al mismo tiempo puede asegurarse que las innovaciones metodológicas de la Historia del Tiempo Presente no se van a detener en esos aspectos sucintamente enumerados. En un momento en que los historiadores están especialmente interesados en cuestiones como la Historia de la vida cotidiana no cabe la menor duda de que en un plazo no muy largo de tiempo el interés de los profesionales se dirigirá hacia cuestiones como la vida cotidiana desde las formas de diversión al vestido, por ejemplo. Sin duda este tipo de cuestiones reintroducen la larga duración en un terreno en que ésta resulta infrecuente. Pero también en este terreno se producen cambios decisivos para la vida de los seres humanos. En los años sesenta se produjo un hecho decisivo en la Historia humana, la multiplicación del tiempo libre, y, al mismo tiempo, el modo de vida de la juventud pareció por vez primera romper las diferencias de clase. Cualquier observador descubre en las fotografías de las estudiantes universitarias que por vez primera aparecían más pantalones que faldas. Hechos decisivos que, sin embargo, el historiador del Tiempo Presente hasta el momento puede haber desdeñado.

En España el balance de la Historia del Tiempo Presente se nos presenta, en comparación con otros países, con una cierta ambivalencia. Si empezamos por los aspectos positivos es preciso constatar que en nuestro país no parece haber existido un trauma histórico como en otros para abordar el pasado reciente: no ha existido una “guerra de los historiadores”, como en Alemania, ni siquiera un trauma tan decisivo como el relativo al colaboracionismo en el caso de Francia. Lo característico de nuestro caso ha sido, en cambio, una temprana conquista para la Historia de ese pasado reciente sin complejos y de una forma que no parece susceptible a un revisionismo tal como se ha producido en otras latitudes. En Italia la verdadera historiografía sobre el fascismo surgió a partir del libro de De Felice acerca de los judíos en la etapa de gobierno de Mussolini en 1965, es decir unos veinte años después de la desaparición del Duce. En España los estudios acerca del franquismo se publicaron en una fecha mucho más temprana, a partir de unos diez años después de la desaparición del Caudillo. Además la Historia que se ha hecho no ha estado lastrada desde el punto de vista ideológico: es cierto que sigue un sector residual añorante del pasado –como, por ejemplo, en Portugal es el caso del libro de Franco Nogueira sobre Salazar– pero cada día tiene menos influencia y no resulta nada innovadora en sus aportaciones.

Pero también la historia del Tiempo Presente ha tenido en España serias limitaciones. Parte de ellas nacen de los propios historiadores. Quizá, por ejemplo, se ha teorizado en exceso sin que quienes lo hacían al mismo tiempo trataran de dar a conocer mejor ese pasado concreto. Si resulta peligroso hacer la Historia sin, al mismo tiempo, teorizar sobre ella, todavía lo es más teorizar en el vacío cuando verdaderamente no se está haciendo Historia concreta, es decir investigación. Precisamente la Historia del Tiempo Presente es una de esas ramas del saber histórico en que resulta más patente la relación estrecha entre la investigación concreta y la propuesta metodológica. Muy a menudo han aparecido manuales de esta parcela del pasado histórico cuyos autores no estaban respaldados por la labor monográfica previa o se limitaban a tratar tan sólo de Historia Universal. Por otro lado los historiadores han permitido la existencia de tiempos históricos que han quedado olvidados, como la etapa final del franquismo cuando su importancia es trascendental hasta tal punto que la transición no puede entenderse sino es con el estudio de esta época. Finalmente en el caso de esta última etapa se ha dejado a los estudios politológicos un papel excesivo en el estudio del fenómeno, lo que puede

tener el inconveniente de alejarnos de la realidad de lo efectivamente acontecido. En general este tipo de estudios de ciencia política presentan el punto de partida y el punto final del proceso, se refieren principalmente a las disposiciones legales e incluso establecen comparaciones con otros procesos semejantes en otras latitudes. Pero muy a menudo no estudian el proceso en sí del que parten tan sólo informaciones periodísticas. La consecuencia es que a menudo se compara lo que no se conoce de forma adecuada ni suficiente. La Historia en cambio sirve para recuperar el momento y la circunstancia; en definitiva para presentar las cosas “tal como efectivamente fueron”, según la sentencia de Ranke. No se debe pretender la exclusividad en estas materias para los historiadores pero lo cierto es que son ellos quienes proporcionan el conocimiento más decantado, firme y matizado con el transcurso del tiempo. Sucede, sin embargo, que ellos mismos deben tomar la iniciativa de tomar posesión de estos temas y parcelas cronológicas.

Pero por el momento tienen dificultades inaceptables que no derivan de ellos mismos sino de otros y que perturban seriamente el cumplimiento de su función. Ni siquiera hace falta hablar de la inexistencia de organismos dedicados a la promoción de la investigación en esta parcela de nuestra Historia, cuando, además, un país como España que ha tenido un pasado tan conflictivo podría encontrar sus signos de identidad en la Historia compartida durante la transición. Lo que ha sucedido con los archivos de Franco clama al cielo. Hace casi un cuarto de siglo que desapareció el dictador y ésta es la hora que sus papeles –los de un Jefe de Estado en el ejercicio de sus funciones– siguen en poder de su familia sin que por parte de la Administración se haya hecho el menor esfuerzo ni tampoco la menor presión para ponerlos al servicio de la investigación. Pero en situación semejante nos encontramos con la información de archivo particular de muchos otros dirigentes de la política española posterior: a lo sumo que se ha llegado es a la creación de alguna fundación de vida lánguida que, pretendiendo guardar la memoria de los desaparecidos, no sirve más que para sepultarlos en el olvido. Y, en fin, en España tenemos un grave problema con la Historia inmediata o, lo que es lo mismo, con el periodismo de investigación. Resultaba, en principio, imaginable que en España no existiera un Indro Montanelli o un Jean Lacouture. Pero lo malo no es que incluso los mejores reportajes periodísticos sobre el pasado reciente, como el de Victoria Prego, resulten en última instancia insatisfactorios para las exigencias del historiador. Lo peor del caso es que el nivel de exigencia en este género de litera-

tura, lejos de crecer, tiende a disminuir. Ha habido numerosos libros nacidos de intereses inconfesables y, por ejemplo, los publicados sobre el reciente período de gobierno resultan simplemente deleznable.

La paradoja sobre los estudios de Historia del Tiempo Presente en España reside en la discrepancia entre las inmensas posibilidades y la triste realidad. Ha llegado el momento, quizá, de hacer entre todos un esfuerzo capaz de darle la vuelta a la situación.

Bibliografía

Julio AROSTEGUI, “La historia presente o el acceso histórico a realidades sociales actuales”, en “Julio Rodríguez Frutos. Enseñar Historia. Nuevas propuestas”, Barcelona, Laya, 1989, 33-52.

André BURGUIERE, “Dictionnaire des Sciences Historiques”, Paris, PUF, 1986. Textos de PAILLARD, JOUTARD, AZEMA.

A. CHAVEAU, Ph. TETART, “Questions á l'Histoire des temps présents”, Bruxelles, Complexe, 1992.

Josefina CUESTA, “Historia del presente”, Madrid, Eudema, 1993.

Mario P. DÍAZ BARRADO, “Historia del Tiempo presente. Teoría y metodología”, Universidad de Extremadura, Instituto de Ciencias de la Educación, 1998.

“Ecrire l'Histoire du temps présent. En hommage a Fran, cois Bédarida”, IHTP, CNRS editions, 1993.

“Estudios de Historia comparada”, en “Studia Storica”, vol. X-XI, 1992-1993.

Niall FERGUSON, “Virtual History. Alternatives and counterfactuals”, London, Picador, 1997.

Félix GILBERT y Stephen GRAUBARD, “Historical studies today”, New York, Norton, 1972. Texto de Arthur SCHLENSINGER.

“Histoire et temps présent”, Journées d'études des correspondants départementaux, 28-29-XI-1980, Paris, CNRS, 1980.

“La Nouvelle Histoire” sous la direction de Jacques LE GOFF, Roger CHAR-
TRIER, Jacques REVEL, Paris, CEPL, 1978.

Jacques LE GOFF, “Histoire et Mémoire”, Paris, Gallimard, 1988.

Pierre NORA (comp), “Essais d’egohistoire”, Paris, Gallimard, 1987.

D. PECHANSKI, M. POLLAK, H. ROUSSO, “Histoire politique et Sciences so-
ciales”, Bruxelles, Complexe, 1991.

F. SOULET, S. GUINLE-LORINET, “Précis d’Histoire inmediate. Le monde de-
puis la fin des années 60”, Paris, Armand Colin, 1989.

H.R. TREVOR ROPER, “History and imagination”, Oxford at Clarendon Press,
1980.

La revista “Vingtième siècle” es quizá la que resulta más interesante seguir para
aquellos interesados en la Historia del Tiempo Presente.